

SOBRE LA APERTURA (EN FRANCIA)

La palabra «nuevo», la palabra «cambio», abundan estos días en las declaraciones políticas francesas. Y «transformación», y algunos sinónimos. Por ajustarlas a nuestro más sencillo y tímido vocabulario, que no se atreve a términos mayores, diríamos que se trata de una «apertura». La sociedad francesa es de plomo: va a ser muy difícil darle aire y movimiento. Hay una antigua narración de Paul Morand: suponía que en Francia llegaba a instalarse una especie de república revolucionaria con comisarios adolescentes y renovadores que terminaban dominados por los viejos burgueses sin más armas que sus paraguas, su pasividad, su mal humor, su hábitos. El peso de una sociedad antigua. Una premonición, a treinta o cuarenta años de distancia, de mayo de 1968. En realidad, contra lo que los jóvenes de mayo se alzaron no fue contra De Gaulle y sus pequeñas mañas disfrazadas de historia, sino contra Napoleón. El código de Napoleón, los decretos de Napoleón, la enseñanza, las costumbres, el centralismo de Napoleón marcaban —marcan— la sociedad francesa. Sin correspondencia real con ciertas conquistas, ciertos hallazgos, ciertas verdades de la vida contemporánea. El absurdo, tan importante hoy como forma de expresión literaria (como observación de la vida) no tiene más definición que ésta: ciertas cosas que se conocen ya como inútiles siguen rigiendo la vida de los hombres como si fueran valores o incluso dogmas; ciertos hallazgos que son valiosos no se introducen en la organización de las sociedades. De donde una falta general de sentido de la vida, una serie de esfuerzos que se realizan en pura pérdida y sabiéndolo.

Los «nuevos» de Francia no son adolescentes ni revolucionarios: son cuarentones. Todavía cuentan, en cierta forma, las clases de edad. Pierre Vianson-Ponté establece sus edades el 18 de junio de 1940. El presidente de la República, Giscard, tenía catorce años. Su primer ministro, Chirac, siete. Fourcade, ministro de Finanzas, tenía diez; Servan-Schreiber, ministro de Reformas, dieciséis. El 18 de junio de 1940 era el día de la capitulación de Francia, ocupado ya París por los alemanes. Para aquellos niños o adolescentes de entonces, toda la vida política y pública de anteguerra carecía de significado aún. Y los acontecimientos desgarradores que iban a desplomarse sobre Francia a partir de aquel momento pasaban sobre su vida de una manera muy distinta de como pasarían sobre sus mayores. Por primera vez llega al poder una generación que no ha combatido. Y que ha retrasado su entrada en la vida pública, en la vida política, por dos congelaciones sucesivas: la de la guerra fría y la de los dieciséis años de régimen del General De Gaulle (o de su espectro). No tienen ninguna razón para sentirse continuistas. No están hipotecados. Por el contrario, salen de unas elecciones que, según su continua insistencia, indican una «voluntad de cambio», y han entregado tantos votos casi a la oposición como a ellos mismos, y han negado los votos a los continuistas, a lo que ya se puede llamar «el antiguo régimen».

De todo ello obtiene Giscard la lección para sus primeras palabras, para sus primeras manifestaciones públicas. Una decena corta de palabras abrió su primera alocución: «Hoy comienza una nueva era de la política francesa». No hace falta cambiar los ordinales; sigue siendo la V República. Los números romanos no le interesan; allá De Gaulle con ellos. Ni los protocolos. Un simple traje oscuro para subir a pie por los Campos Elíseos (sin frac, sin sombrero de copa, sin banda tricolor, sin uniformes, sin condecoraciones) y luego, en la Asamblea, al hablar a los «padres de la patria», la petición de que le escuchasen sentados, en lugar de en pie, como se recibía antes el primer mensaje de un nuevo presidente (muchos de ellos no lo aceptaron y permanecieron en pie, gruñendo y protestando: la sociedad de plomo, la sociedad inmóvil). Detalles, signos, expresiones. Gestos para la televisión. Simples formas que quieren indicar que van a tener nuevos contenidos. Kennedismo, quizá. La imagen de Kennedy persigue sin cesar a los jóvenes políticos del mundo.

PERO la apertura va más allá de estos gestos o de las «promenades au clair de lune» con el nuevo alemán federal Helmut Schmidt. O lo pretende. El mensaje a la Asamblea contiene ya algunos elementos llamativos. Por lo menos, tres: van a suprimirse las escuchas telefónicas —si es que las había—, matiza Giscard; miembro del gobierno anterior, quiere indicar que era completamente ignorante de los pequeños watergates— y, además, destrucción de todos los ficheros, de todos los archivos a que hubieran dado lugar estas intromisiones ilegales en la vida de las gentes. Va a haber, la hay ya, libertad de prensa, sin más secuestros ni más recogidas. «Incluso si hay ataques contra el presidente». Nada parece más lógico, más natural. El jefe del Estado debe ser intangible y por encima de toda sospecha cuando es un símbolo, cuando es la persona que representa a toda la nación; pero cuando es un político y tiene en sus manos los resortes del poder, debe someterse a las críticas, a los ataques verbales del juego político. Utilizar la inmunidad del símbolo para proteger la actuación del político es una trampa. Tercera base de su política (segunda, en el orden de su discurs-

so: «el desarrollo de Francia como país de asilo intelectual y político».

TRES golpes de efecto. En realidad, no son más que rectificaciones a corruptelas del régimen anterior. Las escuchas, las persecuciones a la información (y el monopolio de la radio y la televisión), las violaciones del derecho de asilo (y la continua colaboración de la Policía con las policías de países extranjeros en cuestiones políticas) eran abusos: no estaban escritas ni sancionadas por la ley, y el gobierno las negaba tantas veces como las cometía. Lo que parece que pretende Giscard es restablecer el derecho teórico del Estado antiguo. En cambio, no varía la Constitución. Es como un cangrejo ermitaño que se metiese en la concha dejada por un molusco muerto. El régimen no sólo va a seguir siendo presidencialista, sino que acentúa su carácter presidencialista. Giscard va a despachar con los ministros directamente, saltándose cuando sea preciso a su primer ministro, Chirac (por cierto, Chirac era ministro del Interior en el régimen de Pompidou: algo, o mucho, sabría de las escuchas telefónicas, y aun durante la campaña electoral se ha dicho que mandó intervenir los teléfonos de Chaban Delmas para adelantarse a su campaña. Todo esto tiene mucho de raro). Pero con más juego para la Asamblea, con más juego para los partidos políticos. Es decir, otra vez regresando al Estado de derecho ideado por el otro régimen, pero no cumplido. Más juego a la oposición. Indica ya que puede hacerse un estatuto de la oposición (número anterior de TRIUNFO), que será informada y consultada en momentos importantes. Claro que le interesa un cierto mimo para con la oposición de la izquierda: no debe excluir que en algunos grandes temas importantes puedan coincidir los antiguos degollistas con la izquierda y derribar su mayoría gubernamental (la UDR ha señalado ya sus distancias: los miembros de ella que forman parte del gobierno lo hacen, dice, «a título personal y no en representación del partido»). Y, además, la izquierda va aumentando. Parece que en estos días hay un número creciente de peticiones de afiliación al partido socialista y al partido comunista, como consecuencia del gran prestigio alcanzado por los dos grupos políticos en las elecciones. Ello no quiere decir que haya cambiado ya en su favor la masa electoral del país, pero sí que estos partidos se fortalecen y tienen más capacidad de acción y que, desde luego, podrán cambiar a su favor la mayoría electoral: los militantes crean siempre electoras en sus medios de vida cotidiana, en sus familias y en su trabajo.

PARA que un «cambio de era» sea real no bastan, naturalmente, las aperturas: ya lo sabemos. Son precisos los grandes cambios en los instrumentos; en este caso, en la Constitución. Una nueva ley electoral proporcional y, con ella, unas elecciones legislativas que dieran realmente el número de diputados que corresponde a las formaciones políticas, lo cual no sucede de ninguna manera con ésta. Y sería preciso aumentar la capacidad de la Asamblea para rechazar, o modificar, o proponer leyes, y reducir los sistemas de defensa de los gobiernos ante los diputados —ante el país—; es decir, un sistema que permitiera un día que Giscard, sin dejar de ser presidente de la República, tuviese a Mitterrand como primer ministro o, mejor, como presidente del Consejo. Nada de esto es aún posible ni siquiera parece predecible en el porvenir inmediato. Giscard quiere ser un presidente-gobernante, y quiere tener el apoyo de las estructuras antiguas. Destruye de ellas lo que le conviene, y mantiene lo que le conviene también. No deja de ser de alguna forma contradictorio querer realizar un «cambio de época» manteniendo los sistemas que corresponden y se adaptan a la época anterior, al personaje que presidió la vida anterior, y con la Asamblea Nacional formada por y para la época anterior.

LA apertura (en Francia) es la del cambio de un régimen autoritario de derecha a un régimen de centro inclinado a la derecha, y sobrevenido para defender unos intereses de la derecha que estaban resultando alcanzados y deteriorados por el autoritarismo. Un exceso de defensas es a veces menos defensivo que una defensa moderada, como sucede con el cuerpo humano, donde a veces la segregación de defensas fuertes contra agresiones exteriores puede producir enfermedades importantes, como las alergias. Naturalmente, la apertura francesa no tiene gran cosa que ver con lo que en España llamamos apertura, para tratar de entendernos, porque parte de una situación previa distinta, de la misma forma que cuando hablamos del régimen autoritario anterior, la palabra autoritario tiene un significado estrictamente distinto. Como no tiene parangón con lo sucedido en Portugal, donde el punto de partida era el de un puro fascismo, y de un fascismo de guerra, y el movimiento correctivo ha tenido que ser mucho más amplio. Pero, en el fondo, la filosofía de la cuestión es siempre la misma: unos pactos sociales que permitan una cierta conservación, que sin pactos no sería ya posible. Corresponde, como ha sido ya dicho más de una vez, a un estado general del mundo en nuestro tiempo, como consecuencia de la misma filosofía de pacto elevada a su mayor grado: la de la imposibilidad de una guerra mayor que sería mucho más dañina para la conservación.